

# La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:

Nena ya no se llama así

Autor/es:

Torrell, Josep

Citar como:

Torrell, J. (1998). Nena ya no se llama así. La madriguera. (6):67-67.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/41647>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



## Nena ya no se llama así

**Cosas que dejé en La Habana**  
**Manuel Gutiérrez Aragón**  
España, 1997

Hay películas que, por interesantes que sean, no aportan en una segunda visión nada sustancialmente distinto de lo que se vio en ellas la primera vez. Por el contrario, hay otras, a veces de apariencia más discreta, en las que uno descubre cada vez aspectos nuevos que enriquecen y modifican la primera impresión de la película. *Cosas que dejé en La Habana*, con su serena liviandad, pertenece a esta segunda categoría.

La riqueza de matices de sus imágenes es el producto de una combinación de aciertos de guión y una elaborada puesta en escena que sabe componer y acumular en un mismo instante gestos, comentarios y miradas que despliegan el sentido de cada plano más allá de su inmediata función narrativa.

Esa plétora del sentido es el resultado también, y ante todo, de la complejidad de la mirada con la que Gutiérrez Aragón y Senel Paz han decidido contar su historia, de su capacidad para conjugar gravedad con ligereza, de su comedido empleo de un tono amable para contar atrocidades cotidianas, y de su opción de tratar por igual a todos los personajes, situándose a su lado, con una mirada lúcida –y por ello triste– pero amistosa, desprovista de superioridad autoral, que parece estar diciéndoles de continuo «que te vaya bonito».

Y ello a pesar de la ambigüedad de las acciones que estos personajes realizan: relaciones basadas en el engaño, el fingimiento y la ocultación (las de Igor con Azucena y con Bárbaro, la de Bárbaro con Igor, la de la tía con las tres hermanas), personajes que

resuelven su soledad afectiva a través de relaciones basadas en la desigualdad (Azucena, Javier), historias de renunciadas (el director teatral, Rosa, o Ludmilla en algún momento del pasado, y finalmente Nena). Esa ambigüedad instala en el corazón del relato eso que Balzac denominaba las «intenciones mixtas», manifestaciones de generosidad interesadas «tan egoístas como bienhechoras», con las que el escritor francés aconsejaba mostrarse indulgente. Toda la película está vertebrada en torno a esa suspensión del juicio moral sobre las personas, para ofrecer una visión crítica de las circunstancias en las que aque-



llas han de intentar sobrevivir, emocional y materialmente. Con una única salvedad: la que cifra la maldad en la humillación del otro (escena del corte de las uñas), y su conversión en mercancía (la presentación del contrato matrimonial). Estas dos escenas (y la de la paliza) tienen además un tratamiento cinematográfico distinto, más frío y unívoco.

La película es, como apunta Carlos F.

Heredero en su inspirado libro *Cuentos de magia y conocimiento*. El cine de Manuel Gutiérrez Aragón (háganme caso, léanlo: les interesará), una historia de itinerarios cruzados; un cuento de resistencias y renunciadas, de derrota y rebeldía, de componendas con la vida, cuyos principales personajes se reinventan a sí mismos a partir de aprendizajes contrapuestos, al verse con los ojos del otro: Igor recupera su dignidad exponiéndose a la delación y la repatriación; Nena consigue ser fiel a sí misma a costa de perder sus señas de identidad públicas: su nombre.

Obra de un cineasta ajeno a la tentación de la irresponsabilidad –tan escandalosamente en auge–, hay en *Cosas que dejé en*

*La Habana* algo que se suele echar en falta en el cine español más reciente: la voluntad y la capacidad de ofrecer una visión veraz y concreta de lo humano. Obra de madurez, *Cosas que dejé en La Habana* es una de las películas mejor resueltas que ha visto este criticador en los últimos tiempos.

**Josep Torrell**